

LETRAS

letrillas

LETRONES

PUNTO DE FUGA

Doble Ford

Tal vez a Ford Madox Ford no le convino su seudónimo. No fue, como Mark Twain, la adopción de una medida del río Mississippi o, como Joseph Conrad, una cortesía con el lector inglés. El nombre de Ford había sufrido variaciones que fueron significativas porque era nieto de Ford Madox Brown, famoso pintor de la época, y sus relaciones familiares incluían a otros prerrafaelitas, como sobrino que era de William Rossetti, el hermano de Dante Gabriel y Cristina, y su verdadero nombre era Ford Hermann Hueffer, hasta que durante la Primera Guerra lo cambió por el sonoro nombre repetido de Ford Madox Ford. Fue además un católico converso que mantuvo relaciones más o menos legales con varias victorianas adelantadas, como Violet Hunt. Tanto su conversión al catolicismo como su

cambio de nombre fueron tardíos, entre otras cosas porque su germanismo no le hizo ningún bien durante la guerra, a la que se incorporó bien tarde.

Además le tocó en suerte –o desgracia– haber colaborado con Conrad al menos en dos novelas: la decepcionante *Romance*, que se le anotó como un fracaso personal, mientras que su colaboración en *Nostramo*, notable por demás, nunca le fue significativamente atribuida aunque era considerable. Fue escrita en tiempo récord para ayudar a Conrad a cumplir su contrato, pues padecía una enfermedad de marino: no náuseas pero sí gota. Conrad comía y bebía demasiado (también Ford), y siempre estaba escaso de dinero y de tiempo (como Ford también). Luego, en sus recuerdos de Conrad, llegó Ford a afirmar que la única de las grandes novelas de Conrad fue *Bajo la mirada de Occidente*, en la que “nunca puso un dedo”. (Es tal vez por eso que la consideraba la mejor novela del escritor polaco.)

Ford vivió mucho, escribió mucho y tuvo muchos líos con mujeres entonces famosas –o hechas famosas por su familiaridad en la cama y en la página. Como el notorio caso de Jean Rhys, que fue la última de sus amantes literarias. Así pudo escribir en una carta: “Es monstruoso, pero después de todo la castidad en Constantinopla siempre se ve como un vicio”. Ford, que era alto, pálido, con cara de pez y bigote de morsa, resultaba muy atractivo a las mujeres –sobre todo si tenían algo que publicar.

Pero también ayudó a muchos hombres sin querer llevarlos a la cama. Ocurre que durante toda su vida fue un paladín de los jóvenes y un animador de la cultura inédita desde las revistas que fundó. Primero fue la influyente *English Review* en 1908, que editó hasta que se la quitaron por deudas. No contento con este fracaso inicial, fundó mucho más tarde la *Transatlantic Review*. En las dos publicó a famosos y a infames (para él), entre los que estuvieron James, Hardy y Galsworthy, y llegó a presentar a Pound, a Wyndham Lewis y D. H. Lawrence. Los desagradecidos fueron más de uno, Conrad el primero, a quien, contra el consejo de Polonio a su hijo Laertes, llegó a prestar el dinero que no tenía. Su último agraciado desgraciado fue Ernest Hemingway, al que delegó la dirección de su revista, para que muchos años más tarde, cuando ambos habían muerto, dejara un testamento de veras ingrato: ocurre en *A Moveable Feast* (título incorrecto que Ford seguramente hubiera corregido) al confundirlo en su vejez con un personaje desagradable de la época, el diabolista Alastair Crowley. ¿Cuál fue el crimen que engendró este castigo? Ford no sólo soportó la infidelidad de Hemingway cuando lo hizo su director adjunto, sino que publicó una elogiosa introducción a su novela *Adiós a las armas*, cuando la publicó en Nueva York la Modern Library. A Hemingway, como lo comprobaron su mentor, Sherwood Anderson y Scott Fitzgerald y Gertrude Stein, lo peor

que se le podía hacer era obligarlo a que debiera un favor. Sobre todo un gran favor.

Pero no he venido aquí a enterrar a Hemingway ni a resucitar a Ford Madox Ford, sí a elogiar su obra maestra, *El buen soldado*, publicada en 1915, novela con que derrotó a Henry James (que lo llamó entonces *le jeune homme modeste*) en su propio juego de las identidades y el amor. Como advirtió el crítico Cyril Connolly muchos años después en *La tumba sin sosiego*: “Mientras más libros leemos más evidente se hace que la verdadera función de un escritor es producir una obra maestra”. Para concluir: “y ninguna otra tarea es de cierta consecuencia”. —

— © GUILLERMO CABRERA INFANTE

CARTA DE BARCELONA

La metaliteratura no existe

Una famosa escritora española responde en una entrevista: “Tengo todo el cuerpo metido en la ficción”. Me quedo helado, me pregunto por mi alma. La castiza respuesta es un episodio más del notable embrollo que han creado algunos críticos españoles —que han enmarañado aún más algunos periodistas— en torno a las relaciones entre realidad y ficción en la novela. Ahora a todos los que escriben les preguntan por esta cuestión, después se les pide que opinen sobre literatura y mercado y, finalmente, por supuesto, se les pregunta si la novela ha muerto. Desde hace unos días no hago más que responder, de forma ya casi mecánica, a estas tres cuestiones tan “trascendentales”. He podido comprobar que, en mi caso, hay una cuarta pregunta esperándome en el fondo del corredor de la muerte (¿de la novela?). Es una pregunta añadida, a veces dicha en tono acusador: “¿De dónde le viene tanta afición por la metaliteratura?”

Bien, vayamos por partes. La literatura no tiene ninguna relación con la realidad. Como decía Manganelli, la realidad es una palabra que encubre

una intimidación moral del lenguaje. El concepto de realidad es una amenaza, pero no es un concepto. La literatura no tiene relación con la realidad como tal, es una realidad en sí misma. Para mí, la literatura tiene sus relaciones, su sentido, su coherencia. La literatura tiene una habitación propia en un lugar extraño, que ni siquiera sabemos si existe. Un viejo proyecto: escribir un libro que se titule *La literatura sin domicilio*.

Literatura y mercado. Se ha puesto de moda decir que el mercado tiene la culpa de todo. Sólo hasta cierto punto es cierto. Es verdad que, por ejemplo, un joven autor con ambiciones literarias lo tiene difícil, se le exigen resultados inmediatos. Es verdad que triunfa, de una forma obscena, la Novedad. Pero el culpable no es sólo el mercado. Los autores tienen mucho que ver con esto, la mayoría carece de ambición literaria. Esta ambición para mí consiste, entre otras cosas, en tratar de inventar con tus libros un nuevo lector. La literatura, es obvio, se ha banalizado. Por otra parte, la ignorancia pública es hoy devastadora. ¿Círculo diabólico de la industria cultural? Pues sí, pero ha ocurrido siempre.

Ya decía Schopenhauer que hay en todas las épocas —suenan sus palabras como escritas ahora— “dos literaturas que caminan de una manera bastante independiente, la una respecto a la otra: una literatura verdadera y una puramente aparente. La primera se desarrolla hasta alcanzar la categoría de duradera. La otra, cultivada por gentes que se hacen pasar por escritores, va al galope a través del ruido y de los gritos de aquellos que la practican, y presenta cada año millares de obras en el mercado. Pero al cabo de unos años, uno se pregunta: ¿Dónde están? ¿Qué ha sido de su renombre tan rápido y ruidoso? Así es que puede calificarse a esta última como literatura pasajera y a la otra como literatura permanente”.

Parece preocupante la situación para la literatura verdadera, pero no hay para tanto. Cierta clandestinidad forma parte de la propia naturaleza de la lite-

ratura, que está acostumbrada a las catacumbas, a ser subversiva, vanguardista, abusiva, excéntrica. Lo que sí existe últimamente es un problema nuevo. Lo señalaba hace poco Ricardo Piglia cuando, en entrevista con Ana Nuño, decía que no existe la metaliteratura y que esta es un cliché crítico que ha servido para enfrentar una tradición compleja de construcción de historias con una supuesta tradición de un tipo de narrativa “normal” que “todo el mundo entiende”. Sin embargo, detrás de todo esto se esconde un conflicto más profundo, dice Piglia. De un lado, estaría el neopopulismo antiintelectual de la cultura de masas, con una serie amplia de escritores que se adaptan, que se someten a esa tentación antiintelectual y se presentan (para no asustar) como personas sencillas, que de ninguna manera deben ser vistas como intelectuales. Para entendernos: si quieres vender un libro no digas que estás en la línea de un Musil, un Walter Benjamin o un Claudio Magris. Si quieres vender, toma el aspecto normal de un Sardá (si este fuera escritor, pronto lo será) o de una ganadora del Planeta que escribe como si Madame Bovary y siglo y medio de sutiles proezas literarias no hubieran existido nunca.

En oposición a esto, ha aparecido una tradición que está resistiendo en interesantes catacumbas a la tentación de presentarse como antiintelectual y que —tal como sucede cuando alguien que escribe verdaderamente literatura se encuentra con otro que se dedica también a lo mismo— conversa sobre libros y se interroga acerca de cuestiones relacionadas con la realidad misma de la literatura, en busca siempre de nuevas formas que ayuden a encontrar la salida a tantas palabras gastadas y *bovarys* mal repetidas.

En cuanto a la muerte de la novela, me viene ahora a la memoria un recuerdo universitario de John Updike, el de un día en el que los estudiantes le oyeron decir a un escritor invitado, John Hawkes: “Cuando quiero que un personaje vuele, únicamente digo: Vólo.” Al comentar esto, Updike dice que

los novelistas –al igual que los dramaturgos neoclásicos, cautivos de las tres unidades– son prisioneros de convenciones que les impiden imaginar la salida. Pero que en realidad para hacer volar a la novela sólo es necesario que alguien se le acerque y diga: “Vuela”. –

– ENRIQUE VILA-MATAS

POLÍTICA

El mito cubano y la esquizofrenia política

Más de cien legisladores mexicanos, miembros de cuatro partidos (PRI, PAN, PRD y PT), ovacionaron de pie y por más de cinco minutos un discurso de cinco horas de Fidel Castro contra la democracia. “El pluripartidismo crea fragmentación en nuestras naciones” –dijo el caudillo cubano. Y los pluripartidistas políticos mexicanos, que pasaron una semana en La Habana alojados en hoteles prohibidos para la población de la isla, aplaudieron con entusiasmo.

Esos mismos legisladores, orgullosos de su democracia representativa, han solicitado a la Comisión Permanente del Congreso un extrañamiento al presidente Vicente Fox por haberse reunido, en La Habana, con una representación de la disidencia de la isla. El encuentro, dicen, implica un abandono del “principio de no intervención y defensa de la autodeterminación de los pueblos”, por lo que el canciller Jorge G. Castañeda deberá comparecer ante el Congreso y explicar lo que consideran una “violación de la Doctrina Estrada”.

En efecto, desde 1917 la política exterior de México se ha basado en la igualdad jurídica de los Estados, la no intervención en los asuntos internos de otras naciones y el derecho de los pueblos a su autodeterminación. En esas premisas nacionalistas se apoyaron Carranza, en 1918, y Cárdenas, en 1938, para defender el derecho de México a ejercer el control de sus re-

ursos naturales y su industria. De modo que esa política exterior no fue más que el reflejo diplomático de las dificultades que México experimentó en sus relaciones con Estados Unidos y Europa, a raíz de la aplicación del Artículo 27 de la Constitución.

La Doctrina Estrada, formulada en 1930 bajo la presidencia de Pascual Ortiz Rubio, establecía que México debía mantener relaciones diplomáticas con todos los gobiernos del mundo sin tener que negar o reconocer la legitimidad internacional de los regímenes políticos. Si se producía un cambio brusco de gobierno en América Latina, por un golpe de Estado de derecha o una revolución nacionalista de izquierda, México se reservaba el derecho a mantener el vínculo diplomático con la nueva administración sin otorgarle su reconocimiento político. El canciller Genaro Estrada tenía en mente, por supuesto, la presión que ejercieron Europa y Estados Unidos sobre los gobiernos de Carranza, Obregón y Calles.

El “castrismo mexicano”, como le llama Jesús Silva Herzog-Márquez, confunde la Doctrina Carranza –no intervenir en los asuntos internos– con la Doctrina Estrada –prescindir del reconocimiento de legitimidad. También olvida que ambas doctrinas respondieron a la urgencia de trazar la política exterior de una nación agredida y aislada. En todo caso, la idea que esos revolucionarios trasnochados se hacen de la no intervención es parcial, ya que rechazan la relación del gobierno de México con la disidencia cubana y celebran el entendimiento de Fidel Castro con la oposición mexicana. Lo primero es injerencia; lo segundo, solidaridad.

¿Cómo entender la esquizofrenia de políticos e intelectuales que defienden la democracia en su país y el autoritarismo en el país vecino? A mi juicio, sólo caben dos posibilidades: o son políticos e intelectuales autoritarios, parapetados tras instituciones y valores democráticos, o desean, por nostalgia o por cinismo, que el régi-

men de Fidel Castro subsista para que cumpla ciertas funciones simbólicas en la región –rencor antiyanqui, nacionalismo revolucionario, denuncia de la “globalización neoliberal”, defensa de la “identidad latinoamericana”...– que ellos mismos han descartado para México. Me inclino por la segunda.

La Revolución de 1959, qué duda cabe, fue un suceso crucial para la generación de intelectuales y políticos que hoy rige los destinos de México. Ser consecuentes con esa memoria sentimental no implica cerrar los ojos a la realidad de la isla y conservar el mito en la imaginación, sino percibir y reconocer, desde ahora, las señales del inevitable futuro democrático de la nación cubana. La relación con la República de hoy y no con la Revolución de ayer, como ha dicho el canciller Castañeda, es la mejor manera de asignarle a México un lugar en ese futuro. –

– RAFAEL ROJAS

JUSTICIA

El talibán nativo

Cuando las tropas de la Alianza del Norte y sus asesores occidentales drenaron como si fueran ratas los últimos focos de resistencia incrustados en las catacumbas del fuerte de Mazar-e-Sharif, en uno de los episodios más turbios y sangrientos de una guerra ya de suyo sangrienta y turbia, los televidentes norteamericanos pudieron contemplar, con incredulidad y con horror, que uno de aquellos energúmenos de cabello hirsuto y ojos desorbitados no era otro que su imposible compatriota John Walker Lindh, convertido por razones insondables a la divina causa de quienes juraron dar la vida en la lucha contra el Satanás americano.

Los pasos que siguió para ponerse en esa situación comienzan a dilucidarse. Poco después de su conversión al Islam en una mezquita cercana a su casa, Walker decidió que Estados Unidos no ofrecía las condiciones mínimas

para la práctica de una vida apegada a las enseñanzas del Corán. Mientras sus compañeros de escuela se preparaban para ir al *college*, John negoció con su padre los fondos necesarios para viajar a Yemen, donde profundizaría sus estudios del árabe y podría vivir, por fin, como Dios manda. Quienes lo conocieron allá cuentan que su celo de converso chocó al poco tiempo contra lo que eran, sin duda, imperdonables faltas de ortodoxia de la población local. Se negaba, como es natural, a rezar en un mismo cuarto con fieles de la confesión *chiita*, y le horrorizaba la perspectiva de encontrarse mujeres con el rostro descubierto por todas partes. Cuando el gobierno de Yemen le rehusó el permiso para desplazarse al pueblo en donde tiene su *madrassa* un célebre clérigo radical, con la tímida excusa de que en aquellas montañas suelen degollar a los visitantes occidentales, John Walker llegó al límite de su paciencia y se fue a vivir a Paquistán, en busca de prados más fértiles para su fervor místico. Todo parece indicar que ahí los encontró sin ningún problema, porque la próxima vez que se supo de él ya andaba echando bala con las huestes de Osama.

No resulta sencillo desentrañar, en la breve biografía del joven Walker, las oscuras fuentes de su resentimiento contra el suelo patrio. Al menos en apariencia, su vida califica como prototipo emblemático de la vertiente más liberal del sueño americano. Hijo de una familia blanca de clase media acomodada, John vivió siempre en barrios impecables, acudió a escuelas progresistas, contó con el cariño de sus padres, el apoyo entusiasta de sus maestros, las terapias de rigor, clases de flauta, libros con fotografías, CDroms, computadoras, viajes. A pesar del catolicismo nominal de su familia, su incursión espiritual en el Islam fue recibida con el mismo absoluto respeto que merecieron siempre todas sus decisiones personales. A falta del padre abusador o de la madre ninfomaniaca, los resortes psicológicos que pudieron haber condicionado su trayecto, de los

floridos prados del condado de Marin a las fétidas trincheras de la sierra afgana, siguen siendo para todos un rotundo misterio.

Misterio o no, su captura ha resultado pésima propaganda. Nadie entiende bien a bien por qué, en lugar del archimalevolo Bin Laden, o ya de perdida el siniestro *mulá* Omar, el increíble despliegue militar de Estados Unidos, con sus nada despreciables costos en muertos inocentes, inestabilidad regional y dólares a carretadas, no ha conseguido prender en sus redes peces más gordos que el escuálido *jihadín* americano, un talibán hecho en casa. Y aunque su relevancia estadística pueda ser insignificante (no hay evidencias de que los adolescentes norteamericanos tengan la intención de convertirse al islamismo radical en masa), las incómodas aristas simbólicas del periplo del joven Walker no se pueden desdeñar. Que un muchacho con posibilidades de libertad fuera de lo común, en un país que dice representarla (y que se supone que ha ido a la guerra sólo para defenderla), decida dar la espalda a ese mundo de puertas abiertas para abrazar con pasión la doctrina homicida de una mentalidad carcelaria no es precisamente el sueño dorado de los expertos



John Walker, la oveja descarriada.

en relaciones públicas del Pentágono.

Lo que sigue, evidentemente, es decidir a quién echarle la culpa. Y es ahí donde se aprestan ya las baterías para la guerra cultural. Hasta ahora, todos los dedos apuntan hacia la educación “hiperliberal” que recibió el futuro terrorista desde su infancia. Víctima de un multiculturalismo acrítico y defor-

mante, reza más o menos el argumento, su tierno espíritu quedó a merced de cualquier secuestrador de identidades. Es cierto que la lectura de la autobiografía de Malcolm X parece haberlo afectado, y es cierto que la última escuela donde estuvo no tenía programa establecido ni horario de clases; también es cierto que los argumentos que se postulan, sin rubor alguno, en muchos establecimientos de vanguardia y en un sinnúmero de *chatrooms* de internet bien podrían conducir a una mente todavía inexperta a la conclusión apresurada de que este país, que en apariencia ha consagrado la libertad de expresión, la igualdad ante la ley y la democracia, es en realidad la organización criminal más sanguinaria de la historia. Pero hasta ahora no se sabe que otros compañeros de Walker anden también de matones disfrazados con un turbante. Por otro lado, lo que salta a la vista de cualquiera es que muchos de los preceptos, y de las visiones, de esa vertiente extrema del islamismo que representan los talibanes poco le piden a lo que se predica en las márgenes más fundamentalistas de la derecha religiosa americana. Lo dijo mejor una señora a la que entrevistaron: “Es

como si tu hijo se convierte en presbiteriano y luego resulta que anda metido con el Ku Kux Klan.”

De modo que el caso Walker resulta inevitablemente una especie de termómetro del estado de ánimo nacional. El primer hecho significativo es que se haya tomado la decisión, con un ojo puesto en la ley y el otro en las encuestas, de darle un

tratamiento jurídico más cercano al de *oveja descarriada* que al de *miserable traidor*. Esa sutil diferencia significa, de entrada, que va salvar el pellejo pase lo que pase. El contraste con sus antiguos compañeros de armas, alojados en un limbo legal en las jaulas modelo gallinero de la base de Guantánamo, no podría ser más notable. El que algunos de

ellos provengan, como él, de países occidentales no les ha servido de nada. Al parecer, a los ojos de Estados Unidos todos los terroristas son iguales, pero algunos son más iguales que otros. Los cínicos dirán que la diferencia radica en que aquéllos no son niños bien, sino hijos de inmigrantes musulmanes. Lo que parece innegable es que ser ciudadano de Estados Unidos pone automáticamente a cualquiera en una categoría aparte. Y eso no casa por completo con el argumento de que su ejército anda aventando bombas por el bien de todos, en la defensa irrestricta de principios universales. —

— HÉCTOR TOLEDANO

LUZ Y FUERZA

En busca de Lord Kilowatt

Pocos anuncios gubernamentales me han traído tanta angustia como los aumentos a la luz del mes pasado. Supe que se avecinaba un caos desde que vi en el noticiero al secretario de Hacienda balbuceando: “La tasa de aumento es de un punto con respecto a qué. A ver, Mario, ven para acá.” Y Mario se acercaba, le secreteaba algo al oído y entonces el ministro insistía: “Eso no es un punto. Oye, Mario, ¿es mensual o bimestral?” Estoy seguro que lo que Mario le dijo al oído fue: “No tengo idea, señor, pero si mira debajo del siguiente cuadro estadístico encontrará mi renuncia.”

Lo que siguió succionó a los consumidores dentro de la discusión sobre qué era un kilowatt y por qué debía costar más. Los más simplistas decían: “Porque el kilowatt está subsidiado.” Pero yo me le quedaba viendo fijamente al contacto de la lámpara. Entiendo dónde está la electricidad si la lámpara está enchufada, pero si me ha abandonado por servir a otro, ¿a dónde va cuando sólo están esos dos agujeros que me desdeñan con su ceguera? ¿Cómo se manifiesta un kilowatt? Recurrí, como todos, al recibo. En su gramática todo es confuso, debido a

que ahí, para empezar, me llamo Isabel Cuevas y vivo en el sótano número cuatro de una calle con errores ortográficos de consideración: “Enrique Zureña”, en vez de “Henríquez Ureña”. Se pone tétrico con las abreviaturas “Lect. Mult. AAR”. De “Mult”, por ejemplo, tengo “uno”, que no sé si es injusto, aunque lo sospecho. Y luego, en la historia de mis consumos anteriores, a veces hay un número y otras una “R” o una “E”, lo que me hace pensar que estoy siendo vigilado por agentes encubiertos. El pequeño recibo te remite a su reverso para conocerlo mejor, pero ahí, además de enterarme de que puedo pagar en el Banco del Bajío, las abreviaturas desatadas son la insondable “DSCIB” y, a su lado, la “CRPF”. Nada sobre el “Mult”. Lo único claro, aunque poco verosímil, es que, según los misteriosos redactores de los recibos, el costo “real” de mi luz es de más de 800 pesos, de los cuales el gobierno amablemente me financia 681. Agrega: “A favor. 140 KWH.” ¿A favor? Pero si debieran encerrarme en prisión por hacerles gastar a los demás contribuyentes casi 700 pesos ¿al mes o al bimestre, Mario? ¿Qué es lo que tengo a favor? Mario, no me abandones.

Y nos abandonó. En la tele, periodistas y economistas se doblaban frente a sus recibos de luz murmurando siglas y números hasta el corte comercial, se denunciaban robos hormiga y mastodonte con imágenes de cables rasta, el PRD se peleó consigo mismo por la paternidad de la idea (más tarde parece que no se referían a la misma idea y que, por tanto, les interesaba más la paternidad de la pelea), y cuando alguien era interrogado con la pregunta nacional —“¿Qué es un kilowatt?”—, la respuesta era única: “Quién sabe, pero ni los ambulantes ni la Presidencia pagan su luz”. Así nos enteramos de que existían grandes deudores entre las tiendas de autoservicio (“Ah, por eso el otro día vi al velador jugando rayuela en las escaleras eléctricas”), el gobierno y las telefónicas, y de que esos finisimos caballeros, los 70,000 trabajadores de las compañías eléctricas, nunca

habían pagado sus consumos. Y pensar que uno de esos *gentlemen*, casi enfundado en un impecable *tweed*, emergió de su camión que de tan buen aspecto casi confundí con un Mercedes, y me dijo hace apenas unos meses: “No sé si usted es Isabel, pero si no pagan, van y chingan a su puta madre.” Y hasta traté de matarlo sin saber que nos unía el subsidio de nuestro kilowatt. Y en ese instante, al reconocernos como deudores, exentos y subsidiados, todos lo comprendimos: si los demás contribuyentes me abonan unos 700 pesos, y a Lord Kilowatt, junto a sus otros 69,999 distinguidos sindicalistas otro tanto, ¿quién estaba pagando? ¿A quién debíamos agradecerle, cederle el asiento en el Metro, comprarle fruta de vez en cuando?

Con la explicación oficial que pretendió disipar las confusiones, nos enteramos de que el precio del kilowatt variaba por regiones de la ciudad y el país, de que dependía de la estación del año, y de que Aries en Júpiter lo afectaba de un modo poco perceptible. Los más pesimistas llegaron a la casa respondiendo a la habitual pregunta de “cómo estás” con un: “Soy de los afectados.” Como el tope para ya no gozar del kilowatt subsidiado eran los 280 kwh al bimestre, comenzaron todo tipo de propuestas para no traspasar ese límite:

— Si le prendes fuego a la alfombra todas las noches, ahorras 10 kilowatts, pero de los mensuales, no de los bimestrales.

— Ayer ya no usé la licuadora y me exprimí un plátano sin huevo directamente en la cara.

— *El camino del guerrero* enseña a entrar en tu casa sin encender la luz y no darte de hostias contra los muebles.

— Ayer me compré *El camino del guerrero* en braille.

— Si tu lavadora corre por la cocina, aprovecha para que te haga un masaje.

— Fríe los huevos y aprovecha el calor para secarte el pelo. Ya luego nomás te pasas una servilleta y hasta parece que te echaste gel.

— Ya no uso el descongelador del

microondas para las cenas congeladas. Ayer la chupé directamente y no perdió su sabor.

- Te presto a mi esposa para que te mantenga fríos los bisteces.

Y así. Pero lo único cierto es que todavía nadie sabe con certeza si pertenece al distinguido grupo de “los afectados”. Al misterio del kilowatt le sucederá otro mayor cuando, en abril, su recibo de luz se transforme en boleto de rifa. Frente a la inocultable cara del afectado, uno deberá entonces preguntar: “*Lord Kilowatt, I presume?*” —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

LITERATURA

La rebelión de una víctima

Cuando se abreva en dos o tres ideas fijas, propias y monótonas, no pasará mucho tiempo sin que veamos abrirse las nuevas rosas lúgubres y sin perfume de la neurosis. Las obsesiones, en cambio, son prolíficas y estimulantes, siempre que respiren el aire libre del mundo exterior, que las llevemos de paseo entre la clausura de los libros, es decir, al espacio más íntimo y abierto, más variado y dinámico que podemos abordar los humanos.

Por ejemplo: puede uno haber presenciado algunos lanzamientos desde un trampolín crítico a una piscina tentadora, pero carente de agua, y estarlo recordando. En la vida real, proezas semejantes terminan en muerte o por lo menos en parálisis definitiva. Si un crítico confunde en un poema dos sentidos incomunicados de una palabra, pongamos por caso, “oración”, el resultado puede ser mortal para el poema; si el crítico supone un preciso designio, sólo suyo, como “sentido” de un texto, apólogo o novela, puede suceder que sea el texto el que se ahogue en la falta de agua, junto con el angustiado autor. En cambio, el crítico sigue tan orondo, sin enterarse, dado que el discreto autor no se ocupará de mostrarle *qu'un rat n'est pas un éléphant*.

Pero, a veces, alguno más ocioso o más escamado que otros, sí lo hace. Tommaso Landolfi, por ejemplo, del que muchos lectores quizás recuerden *La bière du pecheur*, editado por Vuelta, incluye en *Le labrene*, Adelphi, 1994, junto a seis relatos, una “Conferencia personalfilologicodramática con implicaciones”, cuyo tema es la discusión que un narrador desarrolla, de dos críticas aparecidas en sendas secciones literarias de publicaciones periódicas de sus “*Racconti impossibili*” y, dentro de éstos, del primer relato. Ambas habrían coincidido en señalar el empleo hecho por Landolfi de palabras ininteligibles, que para uno de los críticos son inventadas. El otro, con precisión más audaz, afirma que son palabras dialectales, “probablemente de la parte de Pico”, por lo cual la lengua usada resulta indescifrable y misteriosa.

El texto adopta la forma de una argumentación defensiva ante un público, que asiste obedientemente, provisto del *Zingarelli*. Este es un espléndido diccionario italiano, cuya eficacia está reñida con la imposible condición de “portátil” y que contiene todas las palabras “indescifrables”, que son cerca de cien. De todos modos, Landolfi lo considera un diccionario popular. Y es verdad, acabo de comprobar que incluya hasta la lambada (ya pasada de moda: ¡qué poco duró, caramba!). Por eso, el autor está provisto, además, del *Tommaseo-Bellini*, diccionario más exquisito, para literatos... y críticos. Entusiasmado porque el público, primero desconfiado, termina por darle la razón, aduce otro caso: aquí se trata de un comentarista televisivo, cuyas palabras sobre Landolfi tampoco son aprobadas por superficiales (éste cita y aquél las cree dichas por otro, sin reconocerlas, cosa que escandaliza a un autor tan consciente de las suyas).

Los asistentes a esta operación de limpieza crítica se impacientarán y nosotros también, si de ella no se desprendiera una conclusión de orden (o desorden) general: que un crítico profesional puede no sólo desconocer el terreno que está obligado a pisar, la

lengua en que escribe el autor al que juzga y que es la suya propia, sino que, carente de toda duda dado que en el Olimpo no se las admite, ni siquiera consulta el diccionario cuando no entiende algo. Como este texto es de 1969, y todo aquel que ha llegado por experiencia al escepticismo sabe que “todo tiempo pasado fue mejor”, cabe preguntarse: ¿Cómo andarán hoy las cosas en Italia? ¿Y fuera de Italia? —

— IDA VITALE

RELECTURA

Tolkien liberal

La tragedia de Tolkien es que uno lee su famosa trilogía cuando es demasiado imberbe para entender a cabalidad lo que se juega en la Tierra Media y la relee saltándose las páginas, arrastrado por los nietos, cuando la inevitable próstata y la mala uva lo vuelven demasiado escéptico para explicarles la causa de la libertad. Por eso *El señor de los anillos* es lo que el malvado Edmund Wilson llamó “un simple libro para niños que se escapó de las manos”. Tragedia que se ha propuesto remediar Peter Jackson en su genial adaptación cinematográfica: de lo contrario no hubiera suscitado el entusiasmo de los *think-tank* liberales de los Estados Unidos, último lugar donde uno esperaría encontrar adeptos a una saga de trasgos, duendes y enanos.

Como la película es maniática en su fidelidad al libro, por mucho que hayan desaparecido leyendas, canciones y personajes como Bombadil o que los roles femeninos hayan sido potenciados, se puede hablar indistintamente del libro y la película para referirse al tema profundo de la historia. De acuerdo: la película se concentra en la anécdota central, sin demorarse, como hace el libro, en la recreación esférica y perfecta de un universo inventado en el que cabe todo, desde la prehistoria hasta el futuro infinito y lo mismo lo físico que lo imaginario, un espacio y tiempo autónomos de los

que tiene como referencia el lector por experiencia vivida. Pero no nos pongamos pesados: la película logra también, en la modesta posibilidad de los límites de un género que no parece tener límites en otros sentidos, un clima de mundo cerrado. Lo importante es que, junto con el iniciático Frodo, el recorrido Gandalf, el tenebroso Sauron, el contrahecho Gimli, el puntiagudo Legolas y la fauna interminable de criaturas-personajes, hay unos protagonistas de materia menos carnal pero no menos perfilada e identificable. Unos protagonistas-sombra: la libertad, la soberanía individual, el libre albedrío, la resistencia humana, y sus contrarios: el totalitarismo, el colectivismo, el espíritu tribal, el determinismo.

En apariencia la historia es reduccionista: los nueve compañeros, encarnación del bien, deben atravesar todos los obstáculos para alcanzar el Monte del Destino, en la tierra de Mordor, y arrojar al fuego por fin y para siempre el anillo de Sauron, señor de la oscuridad y encarnación del mal, que pretende recuperar la joya para aherrojar a todas las comarcas de la Tierra Media, mundo que habitan muchas razas sin exclusión de la humana. Pero Sauron no es verdaderamente el mal y los nueve expedicionarios el bien, ni hay sobre el terreno únicamente dos fuerzas enfrentadas, por un lado la alianza de hobbits, humanos y duendes, y por la otra los ejércitos de Sauron, formados por fantásticas criaturas como los orcos y otros monumentos a la fealdad. El auténtico teatro de batalla es el que se da al interior de cada uno de los personajes, cuyo perfil aparente se complica en la medida en que la historia va revelándonos sus ambivalencias, complejidades y contradicciones a partir de la

tensión existente entre el impulso de poder y el instinto de libertad, la tentación gregaria y la naciente conciencia de soberanía individual, el seguidismo y el liderazgo, la resignación y el desafío a las supuestas leyes naturales.

El punto donde residen la genialidad de Tolkien y la solución filosófica de la historia está en el anillo. Es un anillo, se nos dice, que sirve para dominar a los demás. Su posesión garantiza el reino de la tiniebla, la sumisión del universo a la voluntad de un ser tiránico que arrancarí­a toda individualidad del espíritu de cada criatura de la Tierra Media. Pero si allí quedara confinado el significado del anillo habría simpleza y maniqueísmo. El anillo tiene una voluntad propia y quiere regresar a su amo;

corrosivo del anillo totalitario, es decir a la codicia de poder, perdió la ocasión de destruirlo entre las llamas y salvar a su estirpe para siempre. Esa misma dualidad revive entre los expedicionarios en el tiempo presente de la historia y se amplía a todo aquel que se acerque a la mágica perfidia del anillo. Que en algunos, como Frodo, el héroe de la historia, o su sabio mentor, el brujo Gandalf, las reservas del espíritu libre puedan más que los influjos del anillo no desluce la sofisticación íntima de una historia aparentemente tan simple. En los expedicionarios hay inseguridad, el poder también corroe sus relaciones, pero la historia no sería la que es, ni su defensa de la libertad tan convincente, si la resolución del héroe no fuera venciendo, uno a uno, estos impedimentos físicos y psicológicos, exteriores e interiores, materiales y espirituales, al entender que su misión es impedir que su comarca, la de los hobbit, y las muchas otras de la Tierra Media caigan en el estado de animalidad tribal, de rebaño indiferenciable que son las criaturas al servicio de Sauron. Es allí cuando despierta en ese joven (en el libro no es un joven sino un mayor que lo parece) la dimensión de líder. ¿Y qué es ser líder? Un asomarse del espíritu humano por



Los hobbits se esconden de un jinete oscuro.

representa una fuerza que tiende hacia el mal o el totalitarismo. Cada criatura que lo tiene en sus manos, o que merodea por su alrededor, sufre en su interior la tentación del poder absoluto y ve activarse en ella el mecanismo de la codicia. Esta misma es la raíz del problema que confrontan las comunidades pacíficas de la actualidad, pues en tiempos remotos el hijo del rey Idilsur había logrado derrotar a Sauron, señor de las tinieblas, pero, incapaz de sobreponerse al efecto

encima de los límites convencionales de la conducta en sociedad, un destino intuido, primero, escogido después: un acto de libertad (de naturaleza no muy distinta del de la princesa Arwen, dispuesta renunciar a su inmortalidad por el amor humano de Aragorn). El lugar donde debe destruir el anillo se llama, precisamente, Monte del Destino. De allí la lectura religiosa que tampoco ha faltado en los Estados Unidos. Me quedo con la liberal. —

— ÁLVARO VARGAS LLOSA

Sin habla

Tina Brown, editora de profesión, acaba de dar por terminada, ahogada en deudas, su última aventura en los medios impresos. No habría sorpresa, ni motivo para una nota, de no ser porque la susodicha publicación es *Talk*, la revista que Brown fundó, recién desempacada de su puesto en *The New Yorker*, con los regordetes millonarios hollywoodenses Max y Harvey Weinstein, propietarios de la casa Miramax.

Tina Brown, delgada, rubia y talentosa, está considerada en el medio editorial estadounidense como la editora más brillante de la industria. Su labor al frente del *New Yorker* es motivo de incontables anécdotas y no pocas leyendas. Cuando Brown tomó el mando de la revista favorita de La Gran Manzana, las páginas de la famosa publicación habían dejado de contar con un factor que, en el mundo neoyorquino en particular, es realmente importante: *The New Yorker* había olvidado cómo ser *bip*. Una revista es *bip* cuando tiene ese inabismable atractivo para una gruesa gama de públicos: cuando es una lectura requerida, ansiada... necesaria. Después de haber dirigido *Vanity Fair*, donde levantó el perfil de la publicación con aquella inolvidable foto de Demi Moore en el último mes de embarazo y abrazando su propio vientre, Brown asumió el control de *The New Yorker* en 1992, la primera mujer en ocupar el máximo puesto editorial en los casi 70 años de vida de la revista. La decisión inaugural de la nueva jefe fue acortar los artículos e incluir una buena dosis fotográfica. *The New Yorker* aumentó su circulación y se convirtió, de nuevo, en una publicación indispensable para el buen neoyorquino. Cual si fuera una reencarnación del Rey Midas, Tina Brown se convirtió en una verdadera celebridad.

Cuando Brown dejó el puesto y anunció, en 1999, que fundaría una revista con su propio sello en cada una de las páginas, el medio editorial enloqueció. Se cruzaban apuestas sobre el nom-

bre y el giro de la publicación. Se especulaba ampliamente sobre los inversionistas detrás de la aventura. Se hablaba, como si fuera un asunto de máxima seguridad, del lugar de lanzamiento. Las dudas se despejaron al poco tiempo. La revista se llamaría *Talk*, competiría con *Vanity Fair*, sería mensual y tendría el apoyo monetario de los hermanos Weinstein. La fiesta inaugural fue un exclusivo *affaire* a orillas del Hudson, con fuegos artificiales y copas y copas de champaña. Como broche de oro, la sonriente editora anunció que su director de arte sería nada menos que Oliverio Toscani: los colores unidos de Benetton en la Quinta Avenida.

Pero no era sólo el *pedigree* de Brown, el brillo de Toscani y el dinero de los Weinstein lo que auguraba el buen rumbo de *Talk*. Además, la editora estrella y sus asesores decidieron explotar un concepto novedoso y —aparentemente— blindado contra el fracaso: la sinergia mediática. Una parte central de la ventaja de *Talk* frente a su competencia sería, pensaba Brown, la cercana relación con Miramax, una casa productora de cine que tenía, antes que nada, una calificación altísima en la escala *bip*. En 1999, año de salida de *Talk*, Miramax había conseguido el máximo logro posible en Hollywood: un Oscar a la mejor película por *Shakespeare enamorado*. Los bonos de los Weinstein estaban por los cielos. Lo mismo ocurría, por supuesto, con todo el equipo actoral que rondaba los pasillos de Miramax. El lánguido rostro de Gwyneth Paltrow —la musa miramaxiana por excelencia— y la mirada apachurrada de Ben Affleck —galán de moda en casa de los Weinstein— no tardaron en aparecer en las páginas de *Talk*. Aquello era, pues, el poder de las estrellas en pleno: cine, mundo editorial, celebridad... éxito garantizado.

Para desgracia de Tina Brown, algo pasó con *Talk*. A lo largo de sus tres años de vida, la revista nunca pudo

despegar realmente. La fórmula editorial, dicen algunos, carecía de originalidad: demasiado parecida a *Vanity Fair*, sin propuesta propia, con un tono repetitivo *ad nauseam*. O tal vez ocurrió un choque de egos digno de una antología: después de todo, los Weinstein son famosos por sus berrinches tras bambalinas. Para la mayoría, sin embargo, el problema central de *Talk* fue la inen-

rrable capacidad de la editora de gastar dinero. Según las últimas cuentas, *Talk* incurrió en deudas cercanas a los 50 millones de dólares. En las páginas de *Talk* aparecieron, por ejemplo, decenas de fotografías, algunas tomadas por la lente del propio Toscani, de múltiples celebridades en plena fiesta (las famosas *Talk parties*). Entre los ros-



The golden days.

tros extasiados del *jet set* neoyorquino (George Plimpton y compañía), *Talk* se quedaba seca.

Hoy, la revista ya no existe. A decir de *Time*, el proyecto de Tina Brown no pudo sobrevivir, dados los errores cometidos, a las dificultades del medio editorial después del 11 de septiembre. Si antes del ataque a Nueva York la publicación ya estaba metida en problemas, después del derrumbe del WTC las cosas fueron de mal en peor. No hay que culpar enteramente, entonces, al equipo editorial: en un ejercicio de candidez ligeramente tétrico, *Time* admite que, tras el atentado, el ambiente editorial es el peor que ha visto Estados Unidos desde el principio de la Segunda Guerra. Quizá lo que ocurre es que *Talk* era sólo un símbolo más del lujo despilfarrado que le dejó a Estados Unidos la boyante era de Clinton, ese tiempo que, como está claro, ya no existe. O tal vez fue simplemente un buen experimento. Después de todo, el ojo mágico de Oliverio Toscani ya se ha visto recompensado con algunas creativas copias en lugares lejanos, muy lejanos del Nueva York de Tina Brown. —

—LEÓN KRAUZE